Trilogía de Primo Levi

Posted on 1 de diciembre de 2005 by Juan Manuel Iranzo

Como aportación al sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración, trabajo esclavo y exterminio nazis, la editorial El Aleph reúne en un solo volumen las tres obras que el escritor Primo Levi dedicó entre 1947 y 1986 a narrar su vida como esclavo en, y superviviente, de Auschwitz, y a reflexionar sobre aquellos sucesos. Antonio Muñoz Molina, que lo prologa, afirma que nadie para quien la historia, la política o la literatura signifiquen algo debe dejar de leer la *Trilogía*; y debería añadir la sociología a las disciplinas entre cuyos estudiantes y estudiosos debería ser una obra más apreciada.

Levi mismo subraya el valor experimental del «fenómeno *Lager*» para la ciencia social. En cada *Lager* se encerró a cientos, miles de personas dispares en todo y se les sometió a un régimen de vida controlado, constante, común y por debajo de sus necesidades básicas: medio ideal para saber «qué es esencial y qué es accesorio en el comportamiento del animal-hombre frente a la lucha por la vida». Debemos tomarle en serio. De otro modo, *Si esto es un hombre* se convierte en un centón de horrores, *La tregua* en una galería de personajes raros y *Los hundidos y los salvados* en un ajuste de cuentas con la memoria histórica. La *Trilogía*, en perspectiva sociológica, es un compendio de observaciones e inferencias más que relevantes *para el presente*, a todos los niveles de análisis: macro, meso y micro. Poco debo decir aquí al respecto –cada lector descubre quién es ante ese universo descarnado, infinito y pavoroso, y qué le concierne y le enseña–, pero no será vano presentar, a modo de invitación, los temas esenciales para Levi a cada nivel.

En el nivel macrosocial y en la escala histórica la pregunta aún acuciante es por qué ocurrió. Para Levi no es cuestión que tenga ya la importancia de antaño. Si bien rechaza la «justificación» de quienes dicen que el genocidio es un hecho histórico frecuente (un cripto-nazi se escuda en la remota aniquilación de los godos en Italia), cree, acaso paradójicamente, que no es improbable que el *Lager* reaparezca. (Levi no llegó a ver la *limpieza étnica* serbia ni el genocidio de Ruanda, pero sí las matanzas de Vietnam y la Camboya de los jemeres rojos). Hoy, la pregunta relevante sería: ¿podría volver a ocurrir *ahora*? Levi no lo dudaba; de ahí su urgente desazón.

El primer ingrediente necesario es casi universal: la creencia de que todo extranjero, todo «otro» es un enemigo potencial. Luego, las fuerzas políticas dominantes deben creer necesario un régimen que constriña la igualdad legal, las libertades públicas y la solidaridad. En sus palabras: «En todo el mundo, en donde se empieza negando las libertades

fundamentales del Hombre y la igualdad entre los hombres, se va hacia el sistema concentracionario, y es éste un camino en el que es difícil detenerse». Para esto, el régimen precisa esbirros y sicarios y recluta de preferencia sádicos y canallas, que suelen ser pocos, pero en ninguna sociedad escasean el servilismo, el gregarismo, el arribismo o la avidez de prestigio y poder, ni la propensión a caer en el fanatismo de una seducción ideológica o la *mímesis* defensiva del oprimido hacia el opresor; ni el calculador que se mueve para situarse por encima de la ley. Y a esto se añade el terror, que mueve a fingir la mayor identificación con el poder a quien es más sospechoso o vulnerable o quiere proteger a otros. (De esta estofa mediocre eran los SS, y también la *zona gris* de sus agentes delegados dentro del campo: los prisioneros «políticos», «delincuentes comunes» y los *Kapo* judíos –aunque entre los motivos de éstos cuenta la casi imposibilidad de sobrevivir si uno no se elevaba por encima del reo corriente–.) Por último, hay que eliminar toda fuerza social opuesta al régimen mediante una represión feroz. Levi corrobora una de las tesis mejor documentadas de la sociología histórica de Charles Tilly: los desheredados rara vez se alzan y nunca triunfan; se rebelan los privilegiados, empujando en todo caso a otros con su liderazgo y sus medios materiales y culturales, y escogen el momento en que el poder está debilitado y la opresión es menor. Así ocurrió en las pocas sublevaciones de los *Lager*. Los demás estaban demasiado agotados y desmoralizados como para pensar siquiera en ello.

En un régimen *fuerte* –valga el eufemismo– la rebelión es suicida y la subversión muy peligrosa. Pero hay mil maneras de mostrar solidaridad con los perseguidos que fueron corrientes en toda Europa, pero no en Alemania. El caso de Alemania y el nazismo es un modelo. Levi no extiende la condena de los criminales que idearon y ejecutaron el sistema a todo el pueblo, pero sí le achaca una responsabilidad colectiva: no haber querido saber, ni hablar, ni distanciarse (eso no se castigaba *tanto*). Por el contrario, «la gran mayoría de los alemanes […] al principio aceptó, por pereza mental, por cálculo miope, por estupidez, por orgullo nacional, las "grandes palabras" del cabo Hitler, lo siguieron mientras la fortuna y la falta de escrúpulos lo favorecieron, fueron arrollados por su caída, se afligieron por los lutos, la miseria y el remordimiento, y fueron rehabilitados pocos años más tarde por un juego político vergonzoso».Y la culpa alemana (y de tantos europeos que cooperaron con la destrucción del judaísmo europeo) puede ser un día la de cualquier pueblo, porque el *Lager* plantó irreversiblemente en el corazón de la Historia que «la destrucción de un pueblo o de una cultura se ha mostrado como posible, y deseable, en sí misma o como instrumento de dominio». Lo repito porque es vital; éste es el mensaje capital de Levi: «*Ha sucedido y, por consiguiente, puede volver a suceder: esto es la esencia de lo que tenemos que decir* […] Pocos son los países que pueden garantizar su inmunidad a una futura marea de violencia, engendrada por la intolerancia, por la libido de poder, por razones económicas, por el fanatismo religioso o político, por los conflictos raciales». Hoy las amenazas y peligros

globales pueden ser otros, pero, «¿con qué seguridad vivimos nosotros, los hombres del fin del siglo y del milenio y, en especial, nosotros los europeos? […] Los miedos de hoy, ¿están mejor o peor fundados que los de entonces? *Somos tan ciegos ante el futuro como nuestros padres*».

El gran curso de la historia resulta de las dinámicas en el nivel mesosocial de las instituciones y en el medio plazo; plazo también en que la memoria se estiliza, se estereotipa, se confunde con lo oído, visto o leído luego; hasta la mentira puede devenir en genuino autoengaño. Por eso importa que el distanciamiento que acompaña a la sucesión de generaciones no lleve a creer que el *Lager* es «historia» pues, con diversas fisonomías *existe aquí y ahora*. El más parecido al original es el campo de prisioneros, presuntos talibanes, de Guantánamo: no es un campo de trabajo o exterminio físico, pero sí moral, y vulnera todas las cartas de derechos humanos.A otra escala, salvando las distancias, están los campos de Gaza y Cisjordania, donde la disciplina es laxa y el trabajo más dañino por su escasez que por su carga, pero la miseria es extrema y toda resistencia violenta es respondida con ejecuciones sumarias extrajudiciales bajo el exiguo eufemismo de «asesinatos selectivos». Combina los peores rasgos de ambos el megacampo de Corea del Norte, que desarrolla armas nucleares en medio de masas de niños desnutridos y pena con la muerte todo intento de fuga.

Los campos más numerosos no tienen, sin embargo, como objetivo la opresión o el exterminio, sino proteger la vida amenazada de sus residentes: son los campos de *refugiados*, bajo administración de ACNUR, y bajo amparo de diversas ONG cuando son *desplazados* en su propio país. Su número crece a diario –hasta países enteros, como Haití, caen en esta categoría por algún tiempo– y los recursos no crecen a la par. Las condiciones de vida en los campos se degradan y se acercan poco a poco a las del *Lager*. Finalmente,Alemania propuso en 2004 crear campos *de acogida* para inmigrantes (refugiados económicos) en el norte de África. La Unión Europea lo rechazó con la torpe excusa de que las policías norteafricanas no eran administradoras respetuosas con los derechos humanos ni guardianas fiables. Ese problema se obviaría dotándolos de estatuto extraterritorial bajo mandato de la ONU, pero eso no disminuiría su «efecto llamada».Y, ¿cómo se financiarían? ¿Podrían beneficiarse de la relocalización de actividades industriales en busca de menores costes laborales, compitiendo con los países del Este, con la fuerza laboral local, los proveedores asiáticos, otros países emergentes, etc.? Este conflicto de intereses contribuyó a descartar el proyecto, pero, ¿por cuánto tiempo? Cada estación aumenta el número de países y los cientos de miles de personas que sobreviven exclusivamente gracias a la ayuda alimentaria internacional. La reciente reforma del sistema de ayuda de la ONU, tras la catástrofe del huracán Katrina, podría ser menos una muestra de compromiso por parte de los países ricos que un reconocimiento de que el problema

empeorará en el futuro.

La estructura y dinámica social del *Lager* también es fuente de observaciones e ilustraciones. Así, como en toda organización burocrática e industrial, se solapan, coadyuvan o contraponen *estructuras formales e informales*. En ese marco autoritario y racista hay una jerarquía formal de rangos: alemanes arios («comunes» o «políticos») todos con cargos, los *Prominenz* (con las funciones más altas), los *Kapo* (brutales jefes de barracón o escuadra de trabajo), los «especialistas» (que podían ejercer su oficio como remendones, peluqueros, médicos, mecánicos, y otros que se hacían con «funciones» específicas, como inspectores de sarna o piojos, barrenderos, «hacedores de camas» (una manía alemana: una arruga en la cama, una línea torcida y al gas), controladores del retrete nocturno, etc.; habría que incluir también aquí a las chicas eslavas del barracón-burdel («sólo para prisioneros arios»), y los *Häftlinge* (reos) comunes que, si no lograban por un trabajo especial, el comercio, el fraude o el hurto un suplemento alimenticio morían de agotamiento en unos meses. Por encima y al margen de todos los prisioneros estaban los *Sonderkommandos*, que se ocupaban de los crematorios; tenían buenas condiciones de vida, pero eran exterminados en bloque regularmente. Dos secciones del último «reemplazo» se sublevaron, destruyeron hornos y algunos huyeron: por poco tiempo; todos fueron capturados y ejecutados.

La estructura informal, empezando por el *esprit* corporativo de prominentes y *Kapos,* incluía estrechas solidaridades «nacionales», como la de los sefarditas de Salónica; sociedades fraternas de jóvenes amigos; coaliciones circunstanciales y frágiles (de compañeros de cama, barracón, escuadra de trabajo o cuarto de enfermería, o por ser «mediterráneos» entre la masa húngara y eslava); asociaciones mercantiles con trabajadores civiles fiables y SS corruptos; trueque económico inmediato, etc. En los meses que duró la repatriación, el numeroso contingente italiano se reestructuró de modo menos jerárquico y más diverso: las mujeres solas y las familias ocuparon sus propios vagones, el suyo la cofradía de los ladrones, y los miembros de la diplomacia, el comercio y el contingente militar en Rusia (ARMIR), separados y mirando con desprecio a los venidos del *Lager* (que encontraron pronto embriones de instituciones de solidaridad hebrea o de actividad sionista).

La otra estructura virtual (prohibida) del campo era el *mercado* de trueque, la «Bolsa». Según el principio de Axelrod de que una expectativa de coexistencia a largo plazo es el primer requisito para que surja la cooperación, los prisioneros nuevos eran robados y timados sin piedad. Sólo si uno probaba que podía sobrevivir empezaba a ser respetado y sobre esa base podía construir una confianza siempre provisional. Por lo demás, el mercado creaba precios, bastante estables, para aquellas cosas cuya provisión era regular, con terribles altibajos para artículos singulares. El marco institucional era fecundamente kafkiano: los SS castigaban incluso con la muerte todo hurto en el campo con destino a la fábrica, pero veían normal que

un prisionero se llevase de ésta cuanto necesitase; en reciprocidad, los empleados de la fábrica reprimían el contrabando hacia el campo pero no tenían ninguna objeción en comprar lo que se matuteaba desde él.

Las lecciones del *Lager* deben matizarse con cuidado, ya que el rasgo principal de los seres humanos que vivieron allí fue su *deshumanización*. Levi admite que la norma omnímoda era la guerra de todos contra todos: «Parte de nuestra existencia reside en las almas de quien se nos aproxima: he aquí por qué es no humana la experiencia de quien ha vivido días en que el hombre ha sido una cosa para el hombre». Si los hombres no pueden fiarse unos de otros, sus vínculos pueden reducirse al poder basado en la fuerza y a un mercado instantáneo, sin crédito, donde acceder a una información antes que el resto –una remesa de ropa, una selección para el gas– es un rico monopolio. Pero Levi no es un hobbesiano, al contrario: niega que el *Häftling* sea el hombre desinhibido, egoísta y brutal al eliminarse la superestructura civil. Más bien cree que ante «la necesidad y el malestar físico oprimente, muchas costumbres e instintos sociales son reducidos al silencio». Por eso se busca con afán la comunicación, la acogida, la amistad y la solidaridad, aunque hallarla sea tan raro como sobrevivir; y el vínculo es causal; alguien a quien no se habla se hunde: no osa preguntar, desahogarse, aconsejarse, «la lengua se te seca en pocos días, y con la lengua el pensamiento... La carencia de sufrimiento, la aceptación del eclipse de la palabra, era un síntoma fatal: señalaba que la indiferencia definitiva se estaba aproximando».Así, frente a la táctica de «divide y vencerás» del enemigo surgen estructuras subrepticias de orden y solidaridad más o menos amplias y duraderas, surge un «nosotros» de emergencia (sin importar qué los asocia *aquí y ahora*), desprovisto de toda sombra de universalismo, impulsado por un «unidos venceremos (sobreviviremos)» a «los otros», los opresores, pero también los que es evidente que no sobrevivirán.

El orden y el cambio se fundan en la repetición o variación de las interacciones microsociales, cara a cara. La estabilidad se sigue de la comodidad del hábito, sobre todo cuando se ha hecho hábito de ignorar las inferencias más incómodas de la realidad. De ahí hechos asombrosos como las madres que la víspera de ser deportadas a Alemania dedican la noche a lavar, planchar y repasar la ropa y los enseres de sus hijos; o el prisionero «seleccionado» que exige la doble ración a la que eso le da derecho y come y se escaquea del trabajo y se relaja los días que le quedan hasta el gas; o las laborantas alemanas que, cuando ya se oye la artillería soviética próxima, siguen charlando despreocupadamente de sus familias, sus permisos o sus novios como si nada fuese a ocurrir.

El cambio nace aquí del descubrimiento de oportunidades de beneficio propio. Levi declara sin ambages que el egoísmo era la primera ley del *Lager*: «El primer oficio de un hombre es perseguir sus propios fines por medios adecuados, y quien se equivoca lo paga».A los

novatos se les tima, roba, agrede o ignora; una dura iniciación. Recuérdese –no citaré detalles– que las condiciones de vida del *Lager deshumanizaban* a los prisioneros, destruían su dignidad personal, y culminaban en provocar una letal indiferencia ante ese hecho. Por eso Levi cree que si sobrevivió lo debe, aparte de la suerte, a su tenaz voluntad de sobrevivir para contarlo y de reconocer en sus camaradas y en él mismo no una cosa sino un hombre. Pero nadie podía sobrevivir solo; aliarse era vital y surgían díadas o tríadas de amigos, más o menos efectivas solidaridades corporativas e identitarias, embrionarias redes clandestinas de resistencia, grupos todos feroces hacia el exterior, versiones más amplias e inteligentes del egoísmo, que Levi llama «*nosismo*». Pero ese continuo «estar en guardia» es agotador y los actos de humanidad brotan repetidamente: un abrazo en un momento crítico, una amistad inquebrantable con otro reo, la arriesgada ayuda de comida o ropa de un «civil», su «vista gorda» a los hurtos; la solidaridad con los enfermos del mismo cuarto; hasta los *Kapos* suavizaban sus voces y golpes en los peores momentos del día. En la estructura moral del campo, como en la social, hay una gran *zona gris* de ambivalencia entre el craso egoísmo de supervivencia cotidiano y los destellos ocasionales de humanidad, altruismo e incluso heroísmo.

Decir que el ser humano es capaz de lo mejor y lo peor es huero. Lo que Levi muestra es que la economía moral puede cambiar rápida y drásticamente con las condiciones de entorno. Un episodio lo ilustra: al día siguiente de la evacuación del campo deja de haber agua, luz y calefacción. Levi estaba en la habitación de infecciosos de la enfermería. Con dos recién llegados, aún fuertes, sale de razia y vuelven con leña y una estufa, defendiéndola de los enfermos de otros cuartos y barracones. Uno de los otros ocho enfermos propone a los demás darles a ellos tres una rebanada de pan cada uno. Los demás acceden y Levi anota: «Sólo un día antes un acontecimiento semejante habría sido inconcebible. La ley del *Lager* decía:"Come tu pan y, si puedes, el de tu vecino", y no dejaba lugar a la gratitud. Quería decir que el *Lager* había muerto […] Fue aquel el primer gesto humano que se produjo entre nosotros […] [En ese momento], de *Häftlinge* empezamos lentamente a volver a ser hombres». Poco después hallan comida abundante y creen por primera vez que valen algo, que podrían sobrevivir: «Estábamos desechos de cansancio pero nos parecía, después de tanto tiempo, haber hecho por fin algo útil; quizás como Dios tras el primer día de la creación». Entonces, los tres no impedidos podrían haberse mudado con su tesoro lejos de los otros enfermos infecciosos pero ni se les ocurrió.Todos sentían que «*ahora nos unía un lazo*, a nosotros, los once enfermos de la *Infektionsabteilung*». En el vacío social y moral del *Lager* surgieron *estructuras* de interacción estables que iban más allá de la coerción y el intercambio interesado.

La crueldad y la violencia gratuita tenían por meta deshumanizar a los prisioneros, en

principio porque así correspondía a seres subhumanos y –efecto no buscado pero apreciado– porque con la deshumanización desaparecía «cualquier sentimiento de afinidad humana […] [es decir] antes de morir, la víctima debe ser degradada, para que el matador sienta menos el peso de la culpa». El nivel básico de la degradación era físico pero tenía consecuencias morales.Todos los prisioneros soñaban con regresar y narrar el horror; en sus pesadillas, nadie les escuchaba. Era un sueño en parte premonitorio. Nadie creyó a los poquísimos que lograron huir y llegar hasta los aliados. Su relato era demasiado horrible: era inverosímil. La liberación ofreció pruebas materiales. El mundo se espantó. Pero cuantos han narrado esa experiencia coinciden en que es imposible transmitir el sentido que allí tenían las palabras hambre, sed, frío, fatiga, incertidumbre, miedo, suciedad o desposesión: algo cualitativamente distinto a lo que denotan en la vida *normal*.Algo que *brutalizaba*. Es imposible, dice Levi, transmitir cómo la supervivencia dependía de conservar una identidad dotada de cierta dignidad. Quienes ejercían su oficio obtenían algo de dignidad del «trabajo bien hecho» aunque beneficiase a los nazis; pero si anteponían su amor propio al propio interés es porque la dignidad era esencial para sobrevivir. E incluso éstos dependían, como el resto, del reconocimiento de los demás para sentirse humanos. Como explica un veterano al recién llegado Levi, hay que lavarse todos los días, entre la mugre, porque «nos ha quedado una facultad y debemos defenderla con todo nuestro vigor porque es la última: la facultad de negar nuestro consentimiento».Y hay que defenderla unidos, pero el *Lager* aniquila casi por completo la solidaridad que nos hace humanos. Eso es lo que hace decir a Levi, en su tesis más trágica, que «El ultraje, la ofensa, es incurable».

Cuando los campos fueron liberados muchos prisioneros se suicidaron; otros lucharon con esa tentación años, décadas. Salvo acaso quienes habían participado en la resistencia –y sin justo motivo dado su estado de destrucción psíquica y su falta de libertad de elección–, que más que alegría o esperanza, sentían *vergüenza*. No era la culpa por haber robado o no haber resistido –todo eso se justificaba como defensa propia–, sino el haber negado algún auxilio mínimo a quien lo precisaba.Y más allá de eso, una *vergüenza ajena*, «la vergüenza que los alemanes no conocían, la que siente el justo ante la culpa cometida por otro, que le pesa por su misma existencia, porque ha sido introducida irrevocablemente en el mundo de las cosas que existen, y porque su buena voluntad ha sido nula o insuficiente, y no ha sido capaz de contrarrestarla». Para Levi, esa vergüenza es *indeleble*: ni la justicia ni la venganza, ni el perdón ni «devolver el golpe» dan la absolución ni la paz a quien se salvó merced al privilegio y la insolidaridad, por necesarios que fuesen. Es la conciencia de que «sobrevivían los peores [egoístas, violentos, insensibles, colaboradores], es decir, los más aptos; los mejores [los valientes, los solidarios] han muerto todos». Esto es exagerado y el propio Levi cita muchas *excepciones*, pero recalcando que lo son, que se trata de personas con un recio esqueleto moral. (Y pregunta: «¿Lo tienen los europeos de hoy? ¿Cómo responderíamos en

tal caso, impulsados por la necesidad y atraídos por la seducción?»)

La humillación de la derrota que supone renunciar a toda solidaridad no utilitaria –los salvados–, incluso con uno mismo –los hundidos–, dice Levi, «es una fuente de mal inagotable: destroza el alma y el cuerpo de los afectados, los apaga y los hace abyectos; reverdece en infamia sobre los opresores, se perpetúa en odio en los supervivientes, y pulula de mil maneras, contra la voluntad misma de todos, como sed de venganza, como quebrantamiento de la moral, como negación, como cansancio, como renuncia». Por eso, la misión de Levi consistió en recordar que «no hay problemas que no puedan resolverse alrededor de una mesa siempre que haya buena voluntad y confianza mutua: o también miedo mutuo», y que no «puede aceptarse la teoría de la *violencia preventiva*: de la violencia sólo nace la violencia, en un movimiento pendular que va ampliándose con el tiempo en lugar de disminuir». De que las actuales generaciones no duden de estas verdades depende la preservación de la libertad y la dignidad humana en el siglo XXI .

Autor: PRIMO LEVI

Edicion: El Aleph, Barcelona, 656 págs.

Titulo: Trilogía de Auschwitz: si esto es un hombre. La tregua. Los hundidos y los salvados